

El capitán Velarde les mandó que hicieran alto.

Luego, encaminándose á la puerta del Parque, también cerrada como las de los demás cuarteles, dió sobre ella repetidos golpes con el fusil que llevaba.

Un militar, un capitán del mismo cuerpo que el esforzado jóven, abrió al que llamaba.

Era D. Luis Daoiz.

—¿Qué quieres?—preguntó dirigiendo una absorta mirada sobre la gente que acompañaba á su amigo.

—Apoderarme de esta posición.

Daoiz miró á su compañero con cierto asombro.

—¿Dices que quieres apoderarte del Parque?—preguntó.

—Sí, ¿qué tiene de extraño?

—Mucho, Velarde: debes conocer la órden...

Velarde hizo un gesto de impaciencia y de despecho.

—¿También tú sigues la conducta de los otros?...

—¿De quiénes hablas?...

—De los traidores que se están quietos mientras el pueblo derrama su sangre...

—¡Me llamas traidor!...—preguntó Daoiz ofendido y conteniéndose á duras penas.

—No, yo no te llamaré traidor; pero no respondo de la opinión que puedan formar las gentes que me acompañan.

—¿Y qué quieren, Velarde?

—Que les des armas para batirse.

Daoiz vaciló aun.

La multitud, impaciente y temerosa de que el capitán Daoiz les negase su auxilio, empezó á murmurar, y algunas voces dijeron:

—¡Será tal vez un traidor!

—¡Un amigo de los franceses!

—¡Un enemigo del pueblo!

El capitán irguió de pronto la majestuosa cabeza, y en su mirada apareció un destello de resolución.

—¿Qué dicen?—preguntó á Velarde maquinalmente.

—Ya lo has oído: temen que seas amigo de los franceses.

Daquiz no fué ya dueño de sí mismo.

Adelantó resueltamente hácia el pueblo y los soldados que esperaban, y sacando un papel de un bolsillo le mostró á la multitud.

—¡Señores!—gritó con voz tonante.—Hé aquí la orden que me habian comunicado nuestras autoridades, obligándome por ella á permanecer neutral...

Hizo una ligera pausa, y luego añadió:

—Vais á conocer ahora al traidor, al amigo de los franceses: hé aquí el destino que doy á la orden de mis jefes.

Diciendo así, rompió el papel en menudos pedazos, arrojando estos al aire con desprecio.

—Ahora, señores,—concluyó,—vamos á cumplir nuestro deber. ¡Viva la independencia española! ¡Mueran los franceses!

—¡Viva la independencia!

—¡Mueran los franceses!—repitió á una voz la muchedumbre.

Y el eco formidable de estos clamores resonó en el espacio como el grito de las justas venganzas á que un pueblo, traidoramente asesinado, tenía tan sangrientos derechos.

El primer paso, la primera disposición de Velarde al penetrar en el edificio, fué buscar al oficial de la guardia

francesa que, según dijimos, había mandado situar el arte-ro duque de Berg, bajo un fátil pretesto, aunque en reali-dad para vigilar de cerca á Daoiz.

Apenas le avistó el jóven artillero, dirigióse á él y le dijo resueltamente:

—*Es Vd. perdido, si no se oculta con toda su tropa; que en-tregue esta las armas, pues el pueblo vá á forzar la entrada del Parque, y no respondemos de que sean Vds. respu-tados* (1).

El oficial francés quiso oponer resistencia, pero Velar-de repitió:

—*Acceda Vd. de grado, si desea conservar la vida á sus gentes...*

—*¿Pero no comprendéis que es imposible...*

—*Vea Vd. lo que hace: ahí fuera aguardan los grana-deros del Estado, y si Vd. se detiene un instante más en acceder á lo que le digo por su bien, Vd. con toda su tropa serán pasados á cuchillo.*

Tan súbita é inesperada intimacion confundió al ofi-cial.

Por un momento permaneció como indeciso.

Pero Velarde volvió á amonestarle con mayor en-tereza.

Entonces, aturdido el francés, mandó á un capitan, cuatro subalternos, un tambor y setenta y cinco soldados de que se componia la guardia, que rindieran á discrecion las armas.

Seguidamente formaron todos, y despojados de sus fornituras, Velarde los encerró en unas caballerizas del edificio.

(1) Histórico.

Después corrió Daoiz presuroso á abrir de par en par y con estrépito las puertas del Parque.

—Adelante, amigos míos, —gritó;— ¡adelante!

Y soldados y pueblo se precipitaron cual un mar airado al interior del edificio, prorumpiendo en vítores á la pátria é imprecaciones á los detestables enemigos de ella.

Lo que allí pasó desde aquel punto, no hay rasgo de la pluma, ni pincel que pueda reproducirlo con sus verdaderos y sublimes colores.

Como el agua de un caudaloso río, que contenida por una fuerte barrera, logra romper su dique y se desliza sobre la llanura, invadiéndola toda y posesionándose de ella con decisivo empuje hasta sus más remotos límites, así el pueblo y aquel puñado de soldados, recorriendo el Parque hasta su más pequeño rincón, se apoderaron con ávido anhelo de cuantos fusiles y armas de todo género pudieron haber á mano.

Las armas de los soldados franceses fueron también repartidas por los esforzados capitanes Velarde y Daoiz entre la irritada muchedumbre, que los tomaba con febril y arrebatado entusiasmo, clamando á cada instante con la fuerza de un violento huracán:

— ¡Viva la independenciam!

— ¡Muera Napoleon!... ¡Mueran los franceses!... Guerra á ellos y á su odioso jefe Murat!

Y el enardecimiento crecía, y el pueblo se armaba con belicoso entusiasmo, y los escasos militares que á él se habían unido con fraternal interés, afanábanse por ayudarle en la justa y tremenda lid que se preparaba contra las águilas del soberbio Imperio.

Lo que aconteció luego, es indescriptible.

Presintiendo que aquel punto debía ser atacado por el enemigo, todos se preparaban á una obstinada defensa.

El jóven y el anciano, el oficial y el soldado se ayudaban recíprocamente y con sin igual solicitud en la comun faena.

Muchas mujeres del pueblo, arrastradas allí por su ardimiento pátrio, probaban en aquellos instantes de suprema ansiedad que su sexo no las impediría tomar una decidida parte en la escena que se preparaba.

Los artilleros que habia dentro del local eran veinte.

A pesar de su escaso número, se ocuparon afanosamente en poner el Parque en estado de defensa.

En los almacenes solo se encontraron diez cartuchos de cañon.

Era, pues, preciso no perder el tiempo, y Velarde dispuso que se construyeran mayor número, preparando todas las municiones, bien escasas desgraciadamente, con que se podia contar.

En medio de la faena á que todos por igual se entregaban, no trascurrea momento sin que nuevas personas acudiesen al Parque, dispuestas á seguir la suerte de los demás.

Bien pronto los oficiales de artillería D. Felipe Carpena y D. Rafael Arango se unieron á sus compañeros Daoiz y Velarde.

Tambien el exento de Guardias de Corps, D. José Pacheco, que se halló accidentalmente en el Parque, prorumpiendo en gritos de venganza, animaba con su voz y su actividad á la improvisada y heterogénea guarnicion.

La mayor parte de cuantos habian sido rechazados en la Puerta del Sol por las numerosas huestes imperiales, cor-

rian como cediendo á un secreto instinto en direccion al Parque.

El Maestro fué de los primeros que acudieron.

Epifanio, con otros compañeros que habian podido salvar sus vidas en las recientes luchas, llegó al mismo tiempo.

Una enorme venda, venda improvisada con un pañuelo, cubria su frente ensangrentada.

Habia recibido una herida de sable al perseguir á un soldado de los escuadrones enemigos, quien viéndose acosado, y al hacer frente á nuestro jóven para darle una cuchillada, pagó con la vida su atrevimiento, cayendo de su caballo á los golpes de Epifanio, quien hallándose ya sin municiones, trabó una desesperada lucha con el francés, matándole á culatazos.

En el momento de dirigirse Velarde á examinar una de las escasas piezas que habia en el edificio, sintióse abrazar cordialmente.

Volvióse, y reconoció á uno de sus compañeros en las reuniones de la casa del conde de M... y otras, y su particular amigo.

Don Enrique Utrera estaba á su lado, con el rostro ennegrecido por la pólvora, y la ropa sucia y desgarrada.

—¡Ah! Vd. tambien,—exclamó con agradable sorpresa el artillero.

—¡Dios ha querido preservarme!—respondió Utrera.

—Entonces...

—He estado en la Plaza de Palacio y en la puerta del Sol.

—Habrá visto Vd...

—La sangre del pueblo se ha confundido allí con la del enemigo.

—¿Y la Puerta del Sol?...

—Queda en poder de los franceses: he estado hasta el postrer momento, hasta que era inútil permanecer... Los horrores que allí se presenciaban á estas horas son inauditos.

—Pero... ¿y si no se hace ya resistencia?...

—No importa: los soldados de Murat, despechados por haber encontrado tan larga resistencia en un pueblo casi inerme, se entregan ahora á todo género de venganzas, y el robo, la violacion y el asesinato ejercen su terrible imperio en las moradas de los indefensos vecinos...

—¡Infamia!—exclamó con indignacion el artillero.

Luego, detúvose á meditar como si acudiese á su mente una súbita idea.

—¡Infamia, sí!—añadió Utrera, —¡infamia grande, de la cual es preciso tomar pronta y cumplida venganza!

Velarde, que por un momento habia tenido inclinada la cabeza en actitud pensativa, la alzó por fin y miró á su amigo profundamente.

—Utrera, dijo, —un vago presentimiento me augura que esos horrores no han empezado á sentirse aun con toda su fuerza.

—Eso creo, mas...

—Escúcheme Vd., Utrera; presumo que vamos á tardar muy poco en sostener una lucha, quizá más encarnizada que las otras...

—Y así mostraremos á nuestros enemigos de lo que es capaz el pueblo español cuando se pretende oprimirle.

—Sí, estoy casi cierto de que les venceremos, pero no ahora.

—¡Velarde!

—Para qué hacernos ilusiones!—continuó el artillero con triste resolucion.—Desde aquí haremos mucho daño al

enemigo en cuanto nos acometa; pero nada conseguiremos con esto. El posee más fuerzas numéricas que nosotros, tiene además municiones...

—¿Pues no las hay en el Parque?

—Sí, un par de docenas de paquetes y algunos centenares de tiros de fusil... ¿Pero de qué servirán? Una vez quemados, nuestro último recurso será el de hacernos matar, luchando cuerpo á cuerpo.

Hubo una nueva pausa.

Mientras tanto, alrededor continuaba el movimiento y el murmullo de pueblo y de soldados, cuyos pechos ardian en deseos de vengar las bárbaras matanzas á que en aquellos momentos se entregaban los soldados del Imperio.

Velarde tendió á Utrera su mano, que este estrechó con efusion.

—Amigo mio,—dijo el artillero,—el instante supremo se acerca; lo que aquí va á pasar, tan solamente Dios lo sabe: deseo que Vd. me empeñe una palabra...

—Escucho á Vd., Velarde.

—Los franceses atacarán esta posicion.

—Indudablemente.

—Por algun tiempo estoy seguro de que resistiremos...

—Así lo creo.

—Pero nuestra resistencia tendrá fin con las últimas municiones: nuestros enemigos, tan superiores en número y en elementos, concluirán por apoderarse del Parque, y... Yo no lo siento por mí, amigo Utrera: lo siento únicamente por ese valiente pueblo... Pero, en fin, es preferible todo á consentir la infamia, el odioso yugo de nuestros enemigos... el que sobreviva lo deberá á una extraña casualidad...

—¿Tal cree Vd., Velarde?...

—Casi estoy seguro de que así será desgraciadamente! ¿A qué hacerse ilusiones?... Pero el tiempo urge: voy á suplicarle un favor.

—Ya escucho á Vd.

Una nube de triste enternecimiento anubló el rostro del artillero.

Utrera conoció, porque para ello tenia motivos, la expresion de aquel sentimiento.

Velarde dijo por fin, estrechando la mano de su amigo:

—Ya sabe Vd. las relaciones mias con la condesa del Ramal...

—Sí, las conozco; sé que Vds. se aman, y que deben...

—Es verdad, debíamos enlazarnos, tal era nuestro propósito, mi esperanza y la suya: sin embargo, van á ser irrealizables...

—Pero... ¡Velarde!

—No hay que hacerse ilusiones, amigo Utrera; tengo la conviccion del fin que me aguarda... que aguarda á la mayor parte de cuantos aquí nos disponemos á vender caras nuestras vidas. Pues bien, si sucumbo, amigo mio, y Vd. me sobrevive, ¿tendrá inconveniente en cumplir una mision que deseo encomendarle? Utrera, en el mismo caso, cumpliré gustoso el encargo que á su vez quiera hacerme...

—Bien, Velarde, ¿qué desea Vd. que haga en el caso de salvar mi vida?...

Velarde sacó de su bolsillo un pañuelo blanco, en una de cuyas puntas habia bordadas dos iniciales y sobre ellas una corona condal.

—La entregará Vd. esto, pero con una condicion

—¿Qué condicion es esa?

—En el probable caso de morir, lo empaparé Vd. en mi sangre...

—¡Velarde!

—Será la consagración de nuestros desposorios en la tierra: si Dios conserva á Vd. la vida, se lo dirá Vd. así á la condesa... ¿Y Vd. no tiene algo que confiarme?

Utrera sonrió tristemente, y dijo:

—Ignoro lo que me sucederá; pero Vd. conoce á mi madre...

—¡Ah! sí...

—Además.... tengo, como Vd., una afección amorosa...

Y Utrera rogó á su vez á Velarde, que en caso de desgracia, la participase á los dos seres que más amaba en el mundo, y al mismo tiempo que hiciese averiguaciones acerca de la suerte que habia cabido á Montenegro.

Todo lo que acabamos de referir no ocupó á nuestros personajes la cuarta parte del tiempo que hemos invertido en trasladarlo al papel.

Después se abrazaron cordialmente, y cada cual corrió á llenar su delicada misión en aquella terrible hora de inminente peligro.

Cinco piezas de artillería habia únicamente en el Parque.

Dos de aquellos cañones eran de á ocho y tres de á cuatro.

Los dos de á ocho fueron colocados de puertas á dentro del Parque, cerrando al momento las pesadas hojas, y enfilando la calle de San Pedro la Nueva (1).

Reunidos por último todos aquellos patriotas en me-

(1) Histórico.

dio del patio, juraron obediencia á Daoiz y Velarde, prorumpiendo en nuevos y entusiastas gritos, y pidiendo venganza.

El peligro no se hizo esperar mucho tiempo para nuestros valientes.

Las avanzadas de paisanos, que se habian situado convenientemente, vinieron á avisar bien pronto que llegaban tropas enemigas.

Cada cual corrió entonces á su puesto.

Un silencio sepulcral reinó desde aquel punto.

Nadie hubiese creído que en aquel insignificante edificio, tan tranquilo en la apariencia, se ocultaba una pequeña, pero formidable guarnicion, dispuesta á esparcir la muerte...

Ignoraban los franceses que, á semejanza de los bravos de Leonidas, un puñado de valientes preparaba á los guerreros de la Francia una segunda edicion del paso de las Termópilas.

Pocos momentos despues se presentó un piquete francés con un oficial, que intentó entrar en el Parque.

—¡No puedo permitir la entrada!—gritó en idioma francés (1) el capitan Goicochea, asomando á una ventana del edificio.

—¿Por qué no se permite?—preguntó el francés con impaciencia.

—Por hallarme yo encargado con mi tropa de este edificio.

Contrariado y despechado el oficial francés, mandó á sus soldados que hicieran fuego sobre las ventanas...

Una descarga de fusilería resonó entonces.

(1) Histórico.

Pero los nuestros, que entonces se encontraban en mejor posición, respondieron con un nutrido fuego de fusilería, y los franceses se vieron precisados á huir, no sin haber dejado varios muertos y heridos.

Una gruesa columna apareció á poco tiempo.

Delante de ella avanzaba una fila de gastadores, que se traían para derribar las puertas del Parque.

Los nuestros dejaron que se acercasen á su sabor.

Ninguna resistencia encontró á su paso la columna francesa.

Mas al dar los primeros hachazos sobre la puerta del edificio, el fuego se rompió por los españoles situados en las ventanas.

Seguidamente un cañonazo, que dispararon Daoiz y Velarde, diezmó las filas enemigas, ante cuyo estrago huyeron los pocos que habían logrado conservar las vidas.

Mientras los franceses abandonaban precipitadamente la empresa, los nuestros cobraron nuevo aliento.

Particularmente los paisanos llegaron en su entusiasmo hasta el frenesí, continuando en perseguir con un nutrido fuego á los fugitivos.

Ocupaban las casas vecinas madrileños de uno y otro sexo.

Atentos siempre á la voz inspirada de Velarde, se manejaban desde sus posiciones respectivas con el mayor orden.

El joven artillero aparecía transformado.

Su poderosa voz se alzaba con imperio, dominando el eco de los tiros.

Los rasgos de valor que ya en aquel segundo ataque tuvieron lugar por parte de los nuestros, fueron numerosos,

Entre ellos debemos citar uno verdaderamente héroe.

Un animoso anciano, llamado Juan Malasaña, habitaba con su mujer María Ordoño la casa número 18, cuarto segundo de la calle de San Andrés, segun consta de datos que tenemos á la vista.

Este digno español se habia posesionado de una casita que dominaba el Parque, y desde ella hacia un certero fuego sobre el enemigo.

Repetidas veces ocupó á su hija única, jóven de diez y siete años, llamada Manuela (1), la cual le llevaba cartuchos.

En una de estas operaciones sucumbió la pobre y esforzada jóven de un balazo, cayendo á pocos pases de la puerta de su misma casa.

El dolor de Malasaña fué indecible; pero antes que padre era español, y así prosiguió inalterable, haciendo fuego á la vista del cadáver de su hija.

De este modo continuó hasta que se le acabó la pólvora.

Tan sublime rasgo de heroismo no fué, sin embargo, original, pues afortunadamente para la pátria, se repitieron por cada uno de cuantos tomaron parte en aquella refriega.

Murat, situado, como dijimos, en lo alto de San Vicente, esperaba el resultado del ataque intentado por la derrotada columna.

Cuando hubo sabido el éxito, la desesperacion de su amor propio no conoció límites, y ni aun se cuidó de disi-

(1) Es la misma que aparece entre la lista de víctimas, inserta en su lugar correspondiente.

mularla á los ojos de sus generales, desahogando toda su cólera en el jefe que habia acaudillado las malparadas y diezmadas fuerzas.

—¡Vive Dios!—gritó,—que no comprendo cómo un puñado de hombres ha podido haceros retroceder desde una mala casa.

—La mala casa que dice V. A.,—respondió el jefe,—está defendida por cañones que vomitan metralla, y el puñado de hombres allí apostados están provistos de buenas armas y municiones.

El duque de Berg llamó entonces al general Lagrange, el mismo que tan grave riesgo habia corrido momentos antes en la plaza de palacio.

—¡Generall!—dijo Murat, ciego de cólera,—es preciso que al momento pongais á mi disposicion el Parque de Artillería. ¡Tomad fuerzas bastantes, y acabemos de una vez!

Lagrange salió entonces con 4000 hombres de infantería, dos escuadrones y cuatro piezas.

Así, pues, por todas partes acudieron franceses sobre los nuestros; pero los Voluntarios del Estado esparcian la muerte por los alrededores del parque, é impedian los esfuerzos del enemigo para asaltar por su espalda el edificio.

El pueblo, al mismo tiempo, arrojándose sobre los agresores por su retaguardia, les obligó á las primeras tentativas á replegarse.

A pesar de esto, no era suficiente el fuego de fusilería para cubrir todas las avenidas del edificio.

En esta situacion, Velarde y Daoiz, ayudados por el pueblo y los soldados, sacaron del Parque dos cañones, que colocaron en direccion á la calle Ancha de San Bernardo.

Juzgaban fundadamente que por allí debían ser atacados.

Situaron también otro cañón en la misma puerta del cuartel, enfilando la calle de San Pedro la Nueva, y otro en la convergencia de las cuatro calles que están al extremo superior de la de San José.

Este cañón se distinguió muy particularmente por la singular circunstancia de haber estado servido después por mujeres, cuando fueron muertos ó heridos los escasos artilleros á quienes se había confiado.

Destacado, pues, el general Lagrange con sus numerosas fuerzas, decidió emprender un ataque formal.

Organizaron al efecto tres columnas, las cuales, asimismo, avanzaron por tres diversos puntos con extraordinario arrojo.

Al avanzar en masa, y todas cuantas veces intentaron llegar hasta las posiciones ocupadas por los nuestros, tuvieron que retroceder.

La línea que demarcaba la artillería española les cerraba el paso, y en una de las primeras embestidas que hicieron á son de clarines y tambores y con las banderas desplegadas, el cañón que certeramente dirigía el capitán Velarde, causó en las filas enemigas espantosos desastres y un número considerable de muertos y heridos.

Por su parte Daoiz les había obligado también á retroceder, trepando sobre multitud de cadáveres en vergonzosa fuga.

Viendo entonces el general Lagrange que este sistema de ataque era tan peligroso como estéril, resolvió variar de plan.

Colocó en la calle Ancha de San Bernardo, inmediatos á la fuente de Matalobos, dos cañones, haciendo frente

á los otros dos con que Daoiz y Velarde defendían hácia aquel lado la calle de San José, y de este modo se empeñó un repetido y constante cañoneo entre una y otra parte.

Desgraciadamente, esto no dió otro fruto para los nuestros que el consumir de un modo inútil las municiones.

Lo mismo franceses que españoles conocían de antemano cuándo respectivamente iban á dar fuego, en razon á la mucha proximidad y á estar casi en línea recta.

En el acto mismo de aplicarse la mecha, unos y otros guarecíanse de los fuegos en las esquinas.

Con el fin de que consumiesen sus municiones los españoles, el enemigo aparentaba hacer grandes esfuerzos.

Hubo un momento en que aquel creyó aterrar á los nuestros, ante la idea de que se habia formalizado el ataque.

Pero se equivocaron de todo punto.

Como dice acerca de esto un cronista militar, habia al frente de los españoles, oficiales más perspicaces que los oficiales franceses, y especialmente dos artilleros, los dos héroes Daoiz y Velarde, que no se arredraban fácilmente.

Nuestros valerosos guerreros se dejaban ver sin tregua, allí donde mayor aparecía el peligro, unas veces como inteligentes oficiales, otras como simples soldados.

La accion, como queda demostrado, se habia hecho general.

Así duró cerca de una hora.

En este tráscurso no se habia oido otra cosa que el horrísono estampido de los cañones españoles, cuya metralla dejó las calles obstruidas de cadáveres franceses, abatiendo el orgullo de los más atrevidos guerreros de la guardia imperial.

Mezclados con el estrépito, el pueblo llenaba el aire de

gritos entusiastas, y se lanzaba, sin meditar ni temer el riesgo, á recoger las armas de los muertos.

Llegó, sin embargo, para los nuestros un momento de angustia indefinible; momento supremo, y en cierto modo previsto.

Las municiones, y muy particularmente las de cañon, habian ido estinguéndose.

Daoiz y Velarde, en su incansable afan, iban y venian de un lado á otro, alentando á sus gentes con sus exhortaciones y su ejemplo.

De pronto apareció por la calle Ancha de San Bernardo una columna enemiga, compuesta del 4.º Provisional.

Velarde la divisó, y dijo á Daoiz:

—Parece que quieren parlamentar: mira.

—Cón efecto, así parece, respondió Daoiz.

El coronel que mandaba dicha columna se adelantó, tremolando en la punta de su espada un pañuelo blanco.

Las fuerzas que le seguian llevaban los fusiles con las culatas hácia arriba, en señal todo de que querian suspender las hostilidades.

El jefe se adelantó solo en direccion al Parque.

Llegado que hubo á cierta distancia, propuso á los nuestros un armisticio, en tanto, decia, no se recibian órdenes de los respectivos gobiernos, y los caballeros artilleros, durante esta breve conferencia, respetaron á la columna enemiga.

Pero apenas notaron que la fuerza avanzaba á paso lento, y trayendo á su frente un comandante, rechazaron la pretension del jefe, conociendo la péfida traicion que envolvía.

Entonces el alevoso francés mandó hacer fuego.

A su vez Daoiz y Velarde lo aplicaron á sus respectivos

cañones, y arrollaron nuevamente á los enemigos, quienes dejaron la calle poblada de cadáveres...

El cañoneo se renovó entonces, y las escasas municiones del Parque tocaron á su fin.

¿Qué hacia entretanto la guarnicion española?

¡Ay! ya lo hemos dicho, y nos duele repetir que las cobardes é indignas órdenes de la débil autoridad, la retenian en sus cuarteles, en tanto que el extranjero asesinaba al pueblo con la aleve metralla.

En una de las avanzadas del enemigo, Daoiz fué herido en un muslo.

Sus compañeros, y entre ellos Velarde, le aconsejaron que se retirára, poniéndose á cubierto.

Mas él esforzado capitán rechazó esta proposicion, y montado en un cañon continuó mandando hasta que dió fin á la metralla.

Las últimas cargas se habian hecho con piedras de chispa que Velarde se encontró en unos cajones del almacén.

Fueron los dos últimos disparos.

Velarde, á quien seguia Utrera en tan crítico momento, recorria con afán los almacenes, por ver si hallaba municiones...

Convencido Daoiz de que sin refuerzos nada podia hacerse ya, que estos no vendrian, y de que era punto ménos que difícil sostenerse, desesperado, ardiendo en santa ira y desegso de llevar hasta el último extremo la lucha, ocurriósele fingir que suspendia las hostilidades, llamando á capitulacion.

Enarboló un pañuelo blanco, é hizo seña al enemigo.

Lagrange entonces mandó cesar el fuego, y adelantó él mismo hasta Daoiz, que amparado en su cañon le esperaba con la espada desnuda en su diestra.

El general enemigo le intimó que se rindiera en términos tan descompuestos, que dieron lugar á una acalorada disputa.

Poniéndose de pié Daoiz, aunque con gran trabajo, pues de su herida corria la sangre en abundancia, dijo á Lagrange en idioma francés:

—*Si fuérais capáz de hablar con vuestro sable, no me tratariais así...* (1)

Lagrange alzó entonces el sable para herir á nuestro bravo artillero, mas este, al observar la actitud de su contrario, se puso en guardia, dispuesto á atacarle á su vez.

A pesar de las ventajas que concedian á Lagrange el estar sobre su caballo, y la profunda herida que un casco de metralla habia hecho en el muslo de Daoiz, este, medio exánime ya, acertó á darle una estocada en la ingle derecha.

Las tropas de una y otra parte habíanse mostrado mudas espectadoras de este singular combate, en que, como dice el escritor militar antes citado, «triunfó siempre la arrogancia española.»

Mas apenas se sintió herido el general Lagrange, gritó dirigiéndose á los suyos:

—¡Granaderos, á mí! ¡socorro á vuestro general! (2)

(1) Histórico.

(2) *¡Granadiers, á moi! ¡secours á votre general!*—Son palabras textuales. De este general se ha dicho, con motivo de haber cantado en el teatro de ópera italiana de Madrid la *Prima Donna* Anna Lagrange, que esta aplaudida cantante es hija del citado general Lagrange. A ser cierto, como se ha afirmado muy formalmente, séanos lícito admirar tan extraña coincidencia: el pueblo de Madrid aplaudió en la eminente artista á la descendiente del mismo que ametralló á los héroes de aquel día sangriento.

A estas voces, los franceses se precipitaron sobre el artillero.

Entonces se trabó una lucha sangrienta, en que Daoiz aun procuró defenderse contra centenares de bayonetas.

Al fin cayó traspasado por numerosas heridas.

Un granadero francés le clavó por la espalda su bayoneta.

Un hombre del pueblo, á su vez, hizo pagar bien cara su alevosía al soldado de Murat, matándole en el acto de un pistoletazo.

Este hombre del pueblo era el Maestro, quien poco despues se replegó al interior, arrastrando á un herido que apenas se podia sostener.

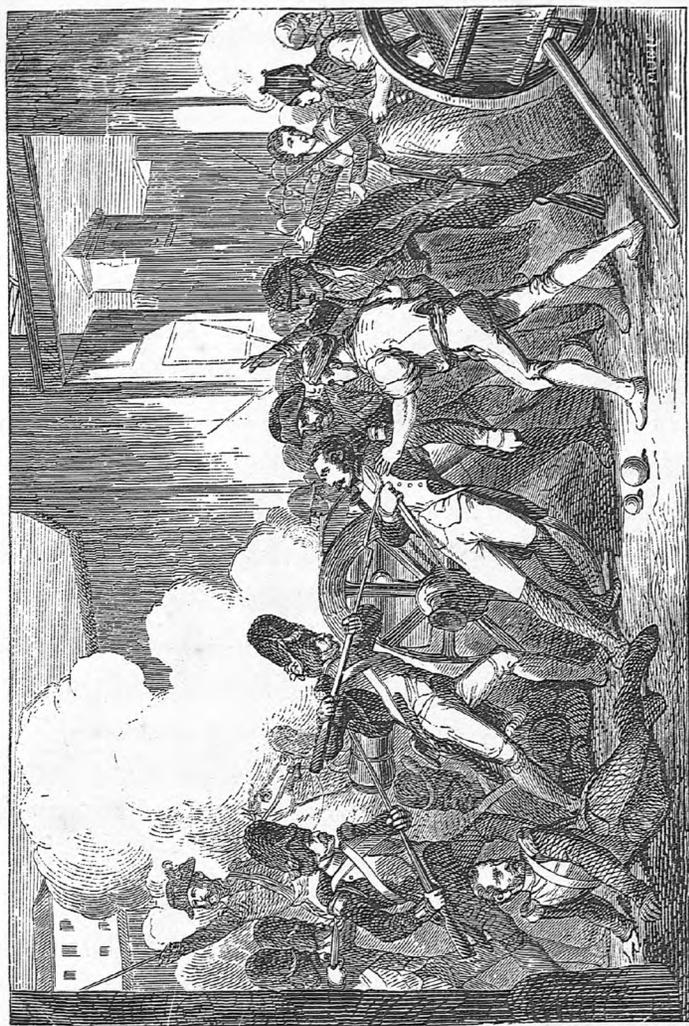
Este herido era Utrera, á quien una bala habia atravesado la pierna izquierda, imposibilitándole de sostenerse.

Al saber Velarde el peligro en que se hallaba su amigo Daoiz, quiso acudir á su socorro; pero muchos soldados franceses habian penetrado ya en el patio, aprovechando la pelea entablada entre Lagrange y el artillero.

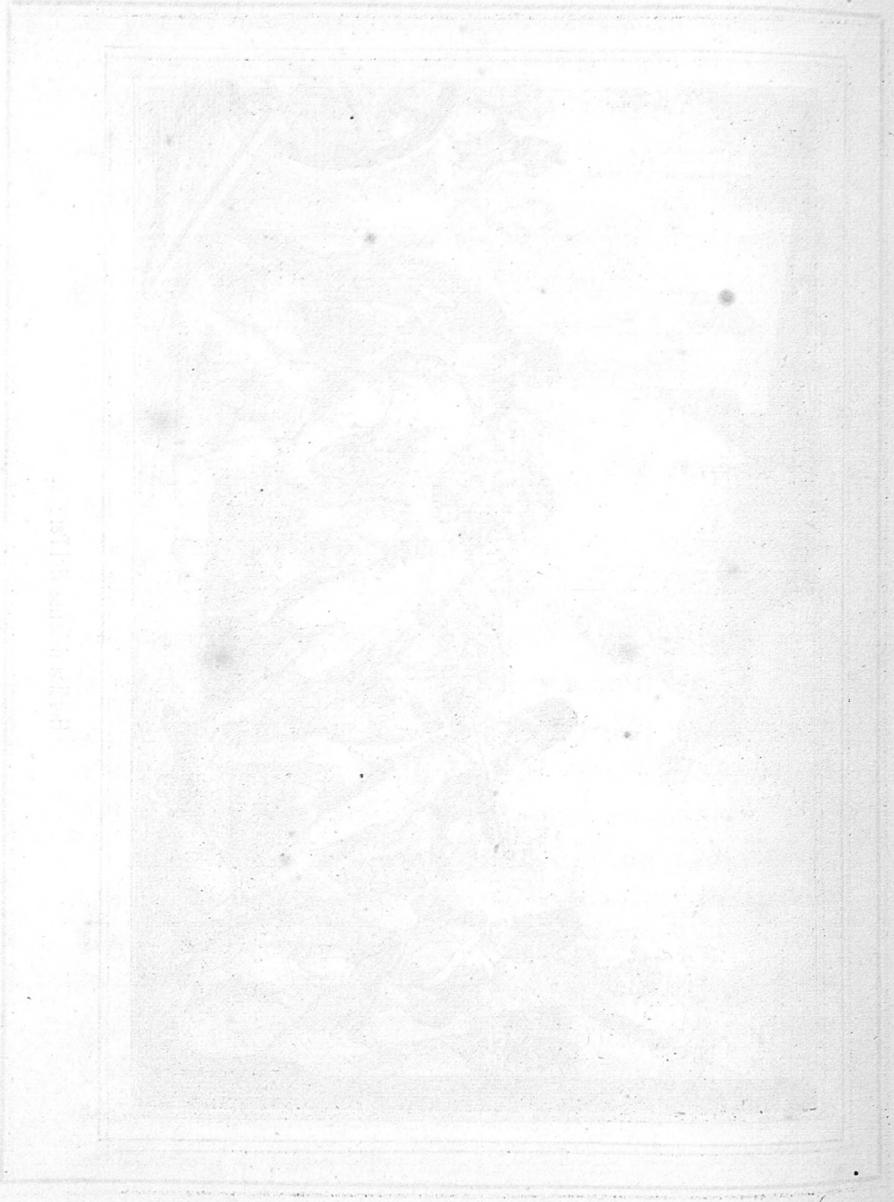
Un oficial de la guardia polaca, llamada *noble*, disparó sobre el jóven á quema ropa un pistoletazo «por la espalda;» dejándole muerto en el acto.

Las matanzas á que despues se entregaron los franceses encienden de indignacion la sangre, y excitan aun hoy nuestro desprecio.

En aquel memorable dia los soldados de Napoleon, los que se apellidaban veteranos y valientes, dieron muestras claras de ser meramente unos cobardes asesinos, sin generosidad, sin nobleza, indignos de pertenecer á un pueblo civilizado y caballeroso.



Heróica defensa del Parque.



1871

CAPITULO XXXIV.

Pacificacion de Madrid.

Así terminó, sobre las dos y media de la tarde de aquel día, la lucha sostenida por el valeroso pueblo madrileño contra las huestes de Napoleon, acaudilladas por el soez y sanguinario duque de Berg.

Las pérdidas sufridas por nuestra parte durante la lucha se calcularon en ciento y pico.

Este cálculo se hizo poco tiempo despues por barrios.

Por su parte los franceses tuvieron de pérdida sobre 2.500 hombres, entre muertos y heridos, en su mayoría al atacar al Parque.

Azorada entretanto la débil Junta de Gobierno, y sorprendida tal vez con los terribles acontecimientos, pensó en buscar algun remedio á tanto mal, á tan desastrosa situacion.

Ya en los primeros momentos habian Ofarril y Azanza